

que se habían perdido en la caza; Sigefroi el Cornudo, que mataba los dragones en los antros. El diablo puso su piedra en Teufelstein y su escala en Teufeleiter; él mismo se atrevió á ir á predicar públicamente á Gernsbach, cerca del bosque Negro; pero felizmente Dios levantó en el otro lado del río, enfrente de la Catedral del Diablo, la Catedral del Ángel. Mientras que las Siete Montañas, ese vasto cráter apagado, se llenaba de monstruos, hidras y espectros gigantes, al otro extremo de la cadena, á la entrada del Rhingau, el crudo viento de la Wisper llevaba hasta Bingen nubarrones de viejas hadas pequeñas como langostas. La mitología se ingertó en esos valles por entre la leyenda de los santos y produjo allí resultados extraños, extravagantes flores de la imaginación humana. El Drachenfels tuvo, bajo otros nombres, su Tarasca y su Santa Marta; la doble fábula de Eco y de Hylas se instaló en la formidable roca de Lurley; la concha-serpiente se arrastró en los subterráneos de Augst; Hatto, el mal obispo, fué comido en su torre por seis vasallos convertidos en ratas; las siete hermanas burlonas de Schœnberg fueron metamorfoseadas en rocas, y el Rhin tuvo sus *senoritas* como el Mosa tenía sus *damas*. El demonio Urian pasó el Rhin por Dusseldorf, llevando en su espalda, doblado como un saco de molinero, el ancho montecillo que había cogido á la orilla del mar en Leyde, para aplastar á Aix-la-Chapelle, y que, rendido por la fatiga y engañado por una vieja, dejó caer estúpidamente á las puertas de la ciudad imperial, donde este montecillo es hoy el Loosberg. En esta época, sumida para nosotros en una penumbra donde vislumbres mágicas chispean aquí y allá, no son éstas en los bosques, en las rocas, en los valles, más que apariciones, visiones, prodigiosos encuentros, cazas diabólicas, castillos infernales, ruidos de arpas en los sotos, canciones melodiosas cantadas por cantatrices invisibles, horribles carcajadas lanzadas por transeuntes misteriosos. Héroe humanos, casi tan fantásticos como los personajes sobrenaturales: Cunon de Sayn; Sibó de Loch, la fuerte espada; Griso el pagano; Attich, duque de Alsacia; Thassilo, duque de Baviera; Anthyse, duque de los Francos; Samo, rey de los Vendes, van errantes por esas arboledas vertiginosas, buscando y llorando sus amadas, altas y esbeltas princesas blancas, coronadas, de nombres encantadores, Gela, Garlinda, Liba, Wi-

lliswinda, Schonetta. Todos esos aventureros, medio sumidos en lo imposible y sujetos apenas por el talón á la vida real, van y vienen en las leyendas, perdidos, llegada la noche, en los bosques inextricables, quebrando las zarzas y los espinos, como el *Caballero de la muerte* de Alberto Durero, al paso de su pesado caballo, seguidos de su galgo trashijado, mirados entre dos ramas por algunas larvas y acercándose en la sombra, unas veces á algun negro carbonero sentado cerca del fuego, que es Satanás amontonando en un caldero las almas de los muertos; otras á ninfas completamente desnudas, que les ofrecen arquillas llenas de pedrería; otras á viejecillos que les restituyen su hermana, su hija ó su prometida, que han encontrado en una montaña dormida en su lecho de musgo, en el fondo de un bello pabellón tapizado de corales, conchas y cristales; otras á algun poderoso enano *que*, dicen los viejos poemas, *tiene palabra de gigante*.

Entre estos héroes quiméricos surgen de tiempo en tiempo figuras de carne y hueso: desde luego y sobre todas Carlo-Magno y Rolando; Carlo-Magno tiene todas las edades: es niño, joven, viejo; Carlo-Magno, que la leyenda hace nacer en casa de un molinero en el bosque Negro; Rolando, que la misma hace morir, no en Roncesvalles á los golpes de todo un ejército, sino de amor en el Rhin, delante del convento de Nonnenswerth: más tarde el emperador Oton, Federico Barbaroja y Adolfo de Nassau. Estos hombres históricos, mezclados en los cuentos á los personajes maravillosos, es la tradición de los hechos reales que persiste bajo la pesadumbre de los desvaríos y las imaginaciones, es la historia que sale á luz vagamente á través de las fábulas, es la ruina que reaparece aquí y allá bajo las flores.

Entretanto las sombras se disipan, los cuentos se borran, la luz se hace, la civilización se reforma y la historia vuelve á tomar cuerpo con ella.

Véase ahora cómo cuatro hombres venidos de cuatro lados diferentes se reúnen de cuando en cuando cerca de una piedra que está á la orilla del Rhin, en la margen izquierda, á algunos pasos de una alameda de árboles, entre Rhens y Kapellen. Estos cuatro hombres se sientan en esta piedra y allí hacen y deshacen los emperadores de Alemania. Estos hombres son los cuatro electores del Rhin; esta piedra es el sitio real, Kœnigsthül.

El lugar que han elegido poco más ó menos en medio del valle del Rhin, Rhens, que es del elector de Colonia, mira á la vez al Oeste, hácia la orilla izquierda, Kapellen, que es del elector de Tréveris; y al Norte, hácia la orilla derecha, de un lado Oberlahnstein, que es del elector de Maguncia, y del otro Braubach, que es del elector palatino. En una hora cada elector puede volver de Rhens á su casa.

Por otra parte, todos los años, el segundo día de Pentecostés, los notables de Coblenza y de Rhens se reúnen en el mismo lugar con el pretexto de la festividad y conferencian entre ellos sobre ciertas cosas oscuras: principio de municipio, haciendo sordamente su agujero en los fundamentos del formidable edificio germánico, construido ya del todo; vivaz y eterna conspiración de los pequeños contra los grandes, germinando audazmente cerca del Kœnigsthül, á la sombra misma de ese trono de piedra del feudalismo.

Casi en el mismo sitio, en el castillo electoral de Stolzenfels, que domina la pequeña ciudad de Kapellen, hoy ruina magnífica, Werner, arzobispo de Colonia, alquila y entretiene desde 1380 á 1418 á los alquimistas que no hacen oro, pero que encuentran, buscando la piedra filosofal, muchas de las grandes leyes de la química. Así que, en un espacio de tiempo bastante corto, el mismo punto del Rhin, el lugar apenas notado hoy que hace frente á la embocadura de la Lahn, vé nacer para la Alemania el imperio, la democracia y la ciencia.

En adelante el Rhin toma un aspecto enteramente militar y religioso. Las abadías y los conventos se multiplican; las iglesias enlazan los castillejos de la montaña con los pueblos de la orilla del río, imagen sorprendente y renovada en cada giro del Rhin y que expresa la manera cómo debe estar situado el sacerdote en la sociedad humana. Los príncipes eclesiásticos multiplican los edificios en el Rhingau, como habían hecho mil años antes los sacerdotes de Roma. El arzobispo Baudouin de Tréveris construyó la iglesia de Oberwesel; el arzobispo Enrique de Wittingen levantó el puente de Coblenza en el Mosela; el arzobispo Walram de Juliers santifica por una cruz de piedra, magníficamente esculpida, las ruinas romanas y el pico volcánico de Godersberg, ruinas y colina un tanto sospechosas de magia. El poder espiritual y el poder temporal se mezclan

en estos príncipes como en el Papa. De aquí una jurisdicción doble que se apodera del alma y del cuerpo, y no se detiene, como en los Estados puramente seculares, ante el beneficio de clerecía. Juan de Barnich, capellán de San Goar, envenena con el vino de la comunión á su dama, la condesa de Katzenellenbogen; el elector de Colonia, como su obispo, le excomulga, y como su príncipe, le hace quemar vivo.

Por su parte el elector palatino siente la necesidad de protestar perpétuamente contra las usurpaciones posibles de los tres arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia, y las condesas palatinas van á contraer sus matrimonios, en señal de soberanía, en el Pfalz, torre levantada delante de Caub, en la misma mitad del Rhin.

Al mismo tiempo, en medio de estos desarrollos simultáneos ó sucesivos de los príncipes-electores, las órdenes de caballería toman posición en el Rhin. La orden Teutónica se instala en Maguncia á la vista del Taunus, en tanto que cerca de Tréveris, á la vista de las Siete Montañas, los caballeros de Rodas se establecen en Martinshof. De Maguncia la orden Teutónica se ramifica hasta Coblenza, donde una de sus encomiendas fija el pié. Los Templarios, ya señores de Courgenay y de Porentruy en el obispado de Basilea, tenían Boppard y San Goar en la orilla del Rhin y Trarbach entre el Rhin y el Mosela. Este mismo Trarbach es el país de los vinos exquisitos, el Thronus-Bacchi de los romanos, que perteneció más tarde á ese Pedro Flotte, que el Papa Bonifacio llamaba *tuerto de cuerpo y ciego de espíritu*.

En tanto que los príncipes, los obispos y los caballeros hacían sus fundaciones, el comercio hacia sus colonias. Una multitud de pequeñas ciudades comerciantes germinaron, á imitación de Coblenza en el Mosela y de Maguncia en el Mein, en la confluencia de todos los ríos y todos los torrentes que vierten en el Rhin los innumerables valles del Hündsruck, del Hohenruck, de las crestas de Hammersstein y de las Siete Montañas. Bingen se asentó en el Nahe, Niederlahnstein en el Lahn, Engers frente por frente del Sayn, Irrlich en el Wied, Linz enfrente del Aar, Rheindorf en los Mahrbachs y Berghein en el Sieg.

Mientras tanto, en todos los intervalos que separaban á los príncipes eclesiásticos y los príncipes feudales, las encomiendas de los caballeros-monjes y las

baillías de los comunes, el espíritu de los tiempos y la naturaleza de los lugares, habían hecho crecer una singular raza de señores. Del lago de Constanza á las Siete Montañas, cada cresta del Rhin tenía su pueblo y su burgrave. Esos formidables varones del Rhin, productos robustos de una naturaleza áspera y feroz, anidados en los basaltos y los matorrales, almenados en su agujero y servidos de rodillas por sus oficiales como el emperador, hombres de presa, teniendo á la vez parte de águila y de buho; poderosos solos alrededor de sí mismos, avasallando el barranco y el valle, poniendo en pié de guerra soldados, haciendo caminos, imponiendo peajes, desollando á los mercaderes que venían de San Gall ó de Dusseldorf, cortaban el Rhin con su cadena y enviaban altivamente carteles á las ciudades vecinas cuando estas se atrevían á hacerles alguna afrenta. Así es que el burgrave de Ockenfels provocó al importante municipio de Linz, y el caballero Hausner del Hegau á la ciudad imperial de Kaufbeuern.

Alguna vez, en estos extraños duelos, las ciudades, no sintiéndose bastante fuertes, tenían miedo y pedían socorro al emperador; entonces el burgrave se echaba á reír, y á la próxima fiesta patronal iba insolentemente al torneo de la ciudad montado en el asno de su molinero. Durante las espantosas guerras de Adolfo de Nassau y de Didier de Isembourg, muchos de estos caballeros, que tenían sus fortalezas en el Taunus, llevaron la audacia hasta ir á saquear uno de los barrios de Maguncia á la vista de los dos pretendientes que se disputaban la ciudad. Esta era su manera de ser neutrales. El burgrave no estaba por Isembourg ni por Nassau; estaba por el burgrave. En tiempo de Maximiliano es cuando el gran capitán del Santo Imperio, Jorge de Frundsberg, destruyó el último de los pueblos, Hohenkraehen, y espiró esa formidable especie de hidalgos salvajes, que empieza en el siglo diez por los burgraves-héroes y acaba en el diez y seis por los burgraves-ladrones.

Pero las cosas invisibles en que los resultados no toman cuerpo sino después de muchos años, se realizan también en el Rhin. Al mismo tiempo que el comercio, y en los mismos buques, por decirlo así, el espíritu de heregía, de exámen y libertad, subía y bajaba ese gran río por el cual parece que debió pasar todo el pensamiento de la humani-

dad. Se podría decir que el alma de Tanquelin, que en el siglo doce predicaba contra el Papa en el púlpito de Amberes, escoltado por tres mil sectarios armados, con la pompa y el tren de un rey, subió el Rhin después de su muerte y fué á inspirar á Juan Huss en su casa de Constanza; luego de los Alpes volvió á bajar al Ródano é hizo surgir á Doucet en el condado de Avignon. Juan Huss fué quemado, Doucet descuartizado.

La hora de Lutero no había sonado todavía. En las vías de la Providencia hay hombres para los frutos verdes y otros hombres para los frutos maduros.

A todo esto el siglo diez y seis se aproximaba. El Rhin había visto nacer en el siglo catorce, no lejos de él, en Nuremberg, la artillería, y en el quince, á su misma orilla, en Estrasburgo, la imprenta. En 1400, Colonia había fundido la famosa culebrina de catorce piés de largo. En 1472, Vindelin de Spira había impreso su Biblia. Un nuevo mundo iba á surgir, y, cosa notable y digna de que se insistiera en ella, es en las orillas del Rhin donde venían á encontrar y tomar una nueva forma esas dos misteriosas herramientas con las cuales Dios trabaja sin cesar en la civilización del hombre, la catapulta y el libro, la guerra y el pensamiento.

El Rhin, en los destinos de la Europa, tiene una especie de significación providencial. Es el gran foso transversal que separa el Sur del Norte. La Providencia lo ha hecho el río-frontera; las fortalezas le han hecho el río-muralla. El Rhin ha visto la figura y ha reflejado la sombra de casi todos los guerreros que, desde hace treinta siglos, han labrado el viejo continente con ese arado que se llama espada. César atravesó el Rhin subiendo del Mediodía; Atila atravesó el Rhin bajando del Septentrion. Clodoveo ganó allí la batalla de Tolbiac. Carlo-Magno y Bonaparte han reinado allí. El emperador Federico Barbaroja, el emperador Rodolfo de Hapsbourg y el palatino Federico I han sido allí grandes, victoriosos y formidables. Gustavo Adolfo ha mandado allí sus ejércitos desde lo alto de la garita de Caub. Luis XIV ha visto el Rhin. *Enghien y Condé lo han pasado.* Ay de mí! Turena también. Druso tiene su lápida en Maguncia como Marceau en Coblenza y Hoche en Andernach. Para el ojo del pensador que vé vivir la historia, dos grandes águilas se ciernen perpétuamente sobre el Rhin; el águila

de las legiones romanas y el águila de los regimientos franceses.

Ese noble Rhin, que los romanos llamaban *Rhenus superbus*, tan pronto lleva los puentes de los buques erizados de lanzas, partesanas ó bayonetas, que vomitan sobre Alemania los ejércitos de Italia, de España y de Francia, ó arrojan sobre el antiguo mundo romano, siempre geográficamente adherido, las antiguas hordas bárbaras, siempre las mismas también; tan pronto acarrea pacíficamente los abetos de la Murg y de San Gall, los pórfidos y las serpentinadas de Basilea, la potasa de Bingen, la sal de Karlshall, los cueros de Stromberg, el azogue de Lansberg, los vinos de Johannisberg y de Bacharach, las pizarras de Caub, los salmones de Oberwesel, las guindas de Salzig, el carbon vegetal de Boppard, la vajilla de latón de Coblenza, los objetos de vidrio del Mosela, los hierros forjados de Bendorf, las tobas y las muelas de Andernach, los palastros de Neuwied, las aguas minerales de Antoniustein, los paños y las vajillas de barro de Wallendar, los vinos tintos del Aar, el cobre y el plomo de Linz, la piedra de corte de Königswinter, las lanas y las sederías de Colonia, y realiza majestuosamente á través de la Europa, según la voluntad de Dios, su doble función de río de la guerra y río de la paz; teniendo sin interrupción en la doble hilera de colinas que encajona la parte más notable de su curso, de un lado las encinas, de otro las viñas; es decir, de un lado el Norte, de otro el Mediodía; de un lado la fuerza, de otro la alegría.

Para Homero el Rhin no existía. Era uno de los ríos probables, pero desconocidos, de ese sombrío país de los Cimerianos, en los cuales llueve sin cesar y no ven jamás el sol. Para Virgilio no era el río desconocido, pero era el río helado: *Frigora Rheni*. Para Shakespeare era el bello Rhin: *Beautiful Rhine*. Para nosotros, hasta el día en que el Rhin será la cuestión de Europa, es la excursión pintoresca de moda, el paseo de los desocupados de Ems, Baden y Spa.

Petrarca estuvo en Aix-la-Chapelle, pero no creo que haya hablado del Rhin.

La geografía dá, con esa voluntad inflexible de las pendientes, estanques y vertientes que ninguno de los Congresos del mundo pueden contrariar por mucho tiempo; la geografía dá la orilla izquierda del Rhin á la Francia. La Divina Providencia le ha dado tres veces las dos

orillas: en tiempo de Pipino el Breve, en tiempo de Carlo-Magno y en tiempo de Napoleon.

El imperio de Pipino el Breve estaba montado á caballo sobre el Rhin. Comprendía la Francia propiamente dicha, menos la Aquitania y la Gascuña, y la Alemania propiamente dicha, hasta el país de los bávaros exclusive.

El imperio de Carlo-Magno era dos veces más grande que lo fué el imperio de Napoleon.

Verdad es, y esto es muy importante, que Napoleon tenía tres imperios, ó por mejor decir, era emperador de tres maneras: inmediata y directamente del imperio francés; mediatamente y por sus hermanos, de España, Italia, Westfalia y Holanda, reinos de los que había hecho los contrapesos del imperio central; moralmente y por derecho de supremacía, de la Europa, que no era más que la base, de día en día más invadida, de su prodigioso edificio.

Comprendido de esta manera, el imperio de Napoleon igualaba al menos al de Carlo-Magno.

Carlo-Magno, cuyo imperio tenía el mismo centro y el mismo modo de generación que el imperio de Napoleon, tomó y aglomeró alrededor de la herencia de Pipino el Breve la Sajonia hasta el Elba, la Germania hasta el Saal, la Esclavonia hasta el Danubio, la Dalmacia hasta las bocas del Cattaro, la Italia hasta Gaeta, la España hasta el Ebro.

En Italia se detuvo en los límites de los beneventinos y los griegos, y en España en las fronteras de los sarracenos.

Cuando esta inmensa formación se descompuso por la primera vez, en 843, habiendo muerto Luis el Benigno y habiendo ya dejado recobrar á los sarracenos su parte, es decir, todo el trozo de la España comprendido entre el Ebro y el Llobregat, de los tres pedazos en los que el imperio se rompió hubo que hacer un emperador, Lotario, que tuvo la Italia y un gran fragmento triangular de la Galia; y dos reyes, Luis, que tuvo la Germania, y Carlos, que tuvo la Francia. Después, en 855, cuando el primero de los tres girones se dividió á su vez, de los pedazos de un pedazo del imperio de Carlo-Magno se pudo hacer todavía un emperador, Luis, con la Italia; un rey, Carlos, con la Provenza y Borgoña, y otro rey, Lotario, con Austria, que se llamó desde entonces Lotharingia, y después Lorena. Cuando llegó el instante en que el segundo fragmento, la monar-

quia de Luis el Germánico, se desgarró, el mayor pedazo formó el imperio de Alemania, y en los pequeños trozos se instaló el innumerable hormiguero de condados, ducados, principados y ciudades libres, protegidos por los margraves, guardianes de las fronteras. En fin, cuando el tercer giron, el Estado de Carlos el Calvo se dobló y se rompió al peso de los años y de los príncipes, esta última ruina bastó para la formación de un rey, el rey de Francia; de cinco duques soberanos, los duques de Borgoña, Normandía, Bretaña, Aquitania y Gascuña; y de tres condes-príncipes, el conde de Champaña, el conde de Tolosa y el conde de Flandes.

Estos emperadores eran titanes. Tuviron por un momento el universo en sus manos; después la muerte lo hizo escapar de sus dedos y todo cayó.

Se puede decir que la orilla derecha del Rhin perteneció á Napoleon como á Carlo-Magno.

Bonaparte no soñó un ducado del Rhin, como lo habían imaginado algunos políticos medianos en la larga lucha de la casa de Francia contra la casa de Austria. Sabía que un reino longitudinal no siendo insular es imposible; al primer choque violento se dobla y se corta en dos fracciones. No basta que un principado finja un orden sencillito; para mantenerse y resistir es necesario en los Estados un orden profundo. Después de algunas mutilaciones y algunas aglomeraciones, el emperador se apoderó de la confederación del Rhin tal como la geografía y la historia la habían formado, y se contentó con sistematizarla. La confederación del Rhin es preciso que haga frente y sea un obstáculo al Norte ó al Mediodía. Ella estaba formada contra la Francia; el emperador la revolvió. Su política era una mano que arreglaba ó desarreglaba los imperios con la fuerza de un gigante y la sagacidad de un jugador de ajedrez. Engrandeciendo á los príncipes del Rhin, el emperador comprendió que ensanchaba la Francia y disminuía la corona de Alemania. En efecto, esos electores convertidos en reyes, esos margraves y esos landgraves convertidos en grandes-duques, ganaban en vertientes por la parte de Austria y Rusia lo que perdían por la de Francia; grandes por delante, pequeños por detrás, reyes para los emperadores del Norte, prefectos para Napoleon.

Así que el Rhin presenta cuatro fases muy distintas, cuatro fisonomías muy

marcadas. Primera fase: la época antiluviana y quizá preadamita, los volcanes; segunda fase: la época histórica antigua, luchas de la Germania y de Roma, donde resplandece César; tercera fase: la época maravillosa en que surge Carlo-Magno; cuarta fase: la época histórica moderna, luchas de la Alemania y la de Francia, que domina Napoleon. En tal estado, haga lo que quiera el escritor para evitar la monotonía de esas grandes glorias, cuando se atraviesa la historia europea de un extremo á otro, César, Carlo-Magno y Napoleon son los tres enormes términos militares, ó mejor dicho, milenarios, que se encuentran siempre en su camino.

Y ahora, para terminar por una última observación, el Rhin, río providencial, parece ser también un río simbólico. En su pendiente, en su curso, en los centros que atraviesa, es, por decirlo así, la imagen de la civilización, á la que tanto ha servido y á la que tanto ha de servir aun. Baja de Constanza á Rotterdam, del país de las águilas á la ciudad de los arenques; de la ciudad de los Papas, de los Concilios y los emperadores al mostrador de los comerciantes y de los hombres de la clase media; de los Alpes al Océano, como la misma humanidad ha descendido de las ideas altas, inmutables, inaccesibles, serenas, resplandecientes, á las ideas anchas, movibles, tempestuosas, sombrías, útiles, navegables, peligrosas, insondables, que se cargan de todo, que lo llevan todo, que lo fecundizan todo, que lo tragan todo; de la teocracia á la diplomacia, de una gran cosa á otra gran cosa.

CARTA XV.

El raton.

De dónde vienen los nublados del cielo y las sonrisas de las mujeres.—Un cuadro.—Velmich.—El autor recoge una porción de dichos respecto á una ruina que dá mucho que hablar.—Una sombría aventura.—Máxima general: no reclames una campana si es de plata al que la ha robado, cuando éste es príncipe.—Lo que es la montaña vecina.—¿En qué pensaba el Congreso de 1815 al dar á los Borusses el país de los Ubiens?—El viajero sube la escalera que nadie sube.—Un paisaje del Rhin á vista de pájaro.—El viajero reclama y pide de buena fé algunos espectros.—No consigue más que hacerse silbar.—Interior de la ruina mal conceptuada.—Descripción minuciosa.—Cuatro páginas de una cartera.—*Phaedonius* y *Kutorga*.—*Die Mause*.—Todos los gatos no comen todos los ratones.—El viajero camina sobre la espesa yerba, lo que le recuerda cosas pasadas.—Encuentra al genio familiar del lugar, el cual no le pone mala cara.

San Goar, Agosto.

El sábado pasado llovió toda la maña-

na. Yo habia tomado pasaje en Andernach en el dampfschiff el *Stad Mannheim*. Subíamos el Rhin hacia algunas horas, cuando de repente, por yo no sé qué capricho, porque ordinariamente de allí es de donde vienen los nublados, el viento SO., el Favonio de Virgilio y de Horacio, el mismo que con el nombre de Fhon causa terribles borrascas en el lago de Constanza, agujereó de un aletazo la densa bóveda de nubes que teníamos suspendida sobre nuestras cabezas y se echó á dispersar los restos por todos los rincones del cielo con una alegría infantil. En pocos minutos la verdadera y eterna cúpula azul reapareció apoyada en los cuatro rincones del horizonte, y un caliente sol de Mediodía hizo subir al puente á todos los viajeros.

En aquel momento pasábamos, siempre entre viñas y encinas, por delante de un pintoresco y viejo pueblo de la orilla derecha, Velmich, cuyo campanario romano, hoy estúpidamente castrado y restaurado, estaba hace pocos años todavía flanqueado por cuatro torrecillas-garitas, como la torre militar de un burgrave. Por encima de Velmich se elevaba casi verticalmente uno de esos enormes bancos de lavas, cuyo corte en el Rhin se asemeja, en proporciones desmesuradas, á la rotura de un tronco de árbol medioabierto por el hacha del leñador. Sobre esta cima volcánica se erguía, como una excrecencia natural de la montaña, una soberbia fortaleza feudal arruinada, de la misma piedra y del mismo color.

Junto á la orilla del Rhin charlaba un grupo de jóvenes lavanderas que ponían á secar su ropa al sol.

Esta ribera me enamoró y no pude resistir al deseo de bajar. Conocía la ruina de Velmich como una de las que tienen peor fama y menos visitadas que hay en el Rhin. Para los viajeros es de acceso difícil y hasta se dice que peligroso. Para los aldeanos está llena de espectros y de historias espantosas. Está habitada por llamas vivientes, que se ocultan de día en los subterráneos inaccesibles y no se hacen visibles más que por la noche en lo alto de la gran torre redonda. Esta gran torre no es otra cosa que la prolongación fuera de tierra de un inmenso pozo cegado hoy, que agujereaba en otro tiempo todo el monte y descendía más bajo del nivel del Rhin. En ese pozo un señor de Velmich, un Falkenstein, nombre fatal en las leyendas, que vivió en el siglo catorce, hacia arrojar sin confesión á aquel que se le antojaba entre los

transeuntes ó entre sus vasallos. Estas son todas las almas en pena que habitan ahora el castillo.

En esta época habia en el campanario de Velmich una campana de plata dada y bendecida por Winfried, obispo de Maguncia, en el año 740, tiempo memorable en que Constantino VI era emperador de Roma en Constantinopla, en que el rey pagano Massilies tenia cuatro reinos en España, y en que reinaba en Francia el rey Clotario, más tarde excomulgado de triple excomunión por San Zacarías, Papa que hacia el número noventa y cuatro. Solo sonaba esta campana para las oraciones de Cuarenta-Horas, cuando un señor de Velmich estaba gravemente enfermo y en peligro de muerte. Pero Falkenstein, que no creía en Dios, que no creía ni aun en el diablo, y que necesitaba dinero, tuvo á bien apoderarse de esta hermosa campana. La hizo arrancar del campanario y llevarla á su castillejo.

El prior de Velmich se conmovió y subió á ver al señor con casulla y estola, precedido de dos acólitos llevando la cruz, para reclamar su campana.

Falkenstein se echó á reír y le dijo gritando:

—*Tú quieres tu campana? Pues bien, tú la tendrás y nunca te separarás de ella.*

Esto dicho, hizo arrojar al sacerdote en el pozo de la torre con la campana de plata colgada al cuello. Luego, por orden del burgrave, se cegó con gruesas piedras, que medían sesenta varas desde el punto del pozo donde fué sepultado el sacerdote y la campana.

Algunos dias después, Falkenstein cayó enfermo súbitamente. Y sucedía, llegada que era la noche, que el astrólogo y el médico que velaban junto al burgrave oían con terror el tañido de la campana de plata salir de las profundidades de la tierra.

Por fin, en uno de aquellos dias Falkenstein murió.

Desde esa fecha, todos los años, cuando llega la época de la muerte del burgrave, en la noche del 18 de Enero, fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma, se oye sonar distintamente la campana de plata debajo de la montaña.

Esta es una de las historias.

Añade á esto que el monte vecino, que encajona por el otro lado el torrente de Velmich, es completamente todo él la tumba de un antiguo gigante; porque la imaginación de los hombres, que ha visto con razón en los volcanes las grandes